

El fútbol y la construcción de una representación social llamada nación

*Diana Plaza Martín**

*Gibrán Larrauri Olguín***

En el presente texto se reflexiona en torno a la construcción de la representación social “nación”; más específicamente, se discute su construcción a partir de las emociones generadas alrededor de una de las actividades modernas de mayor celebridad: el fútbol en su modalidad de “Selección Nacional”. El contexto de análisis será el de la globalización, fase histórica en la que se considera que al haber una declinación de la identificación —sobre todo con la instancia del Estado—, ésta se ejerce ahora en otros sitios con mayor notoriedad como la Selección Nacional. Sin embargo, más allá de las diferencias fenomenológicas que ahí se detectan, se plantea que en ese tipo de construcción de la representación social de la “nación”, los mismos mecanismos identificatorios se mantienen incólumes, al tiempo que se sostiene que su éxito radica en la ilusión de libertad de elección.

PALABRAS CLAVE: representación social, emoción, fútbol, globalización, identidad nacional.

This text contains a reflection on the construction of the social representation of the “nation”; specifically it discusses such construction through the emotions generated around one of the most popular activities in the modern world: soccer in its modality of “The National Team”. The context of the analysis is that of globalization, a historic phase recognized as representing a decline of identification, especially with reference to the State; such identification is now developed most notably with regard to the National Team. However, far beyond the phenomenological differences

* Universidad Complutense de Madrid. Becaria MAE-AECID, Universidad Iberoamericana, Ciudad de México [diana.plaza.martin@gmail.com].

** Universidad Iberoamericana, Ciudad de México [larrauriol@yahoo.com.mx].

which are detected, it is proposed here that in this type of construction of the social representation of the “nation”, the mechanisms of identification follow the same pattern. At the same time, the text sustains that the success of that kind of representation lies in the illusion of and freedom of choice.

KEY WORDS: social representation, emotion, soccer, globalization, national identity.

Introducción

EN SU RECONOCIDA obra *Mitologías*, el semiólogo francés Roland Barthes se cuestionaba acerca de la existencia de los campos insignificantes que se encuentran inmersos en nuestra realidad. A esa pregunta él mismo daba una respuesta corta pero enfática: “pocos, ninguno tal vez” (Barthes, 2003). Es decir, para Barthes no hay objeto o fenómeno en nuestra realidad que no signifique algo para alguien. De lo que se colige a su vez que no hay ningún fenómeno que se signifique por sí solo sin la mediación de al menos una subjetividad; es decir, no hay fenómeno que signifique algo antes de su paso por la cultura y, por ende, de su paso por el lenguaje. Partiendo de este presupuesto teórico se podría afirmar, entonces, que la realidad humana, constituida por campos significantes, más que nombrarse mediante el lenguaje *se crea* a partir de este último. Esta idea nos puede ayudar a entender la constante metamorfosis de la realidad que precisamente cambia en relación con las construcciones del lenguaje. En este caso, parecería que un concepto tan abstracto como “la emoción”, podría escapar a la jaula de la cultura en la que todo tiene un significado a partir de sedimentaciones previas, donde no hay nada puro, original, es decir, nada que nos pertenezca a los sujetos de manera individual. Sin embargo, esto no es así, pues el campo de las emociones no deja de ser una construcción discursiva, una forma de fundar el lazo social basada a su vez en la producción de sentido. En adición, la construcción de las emociones sólo es posible mediante una impronta de elaboración social aprendida y puesta en práctica por el ser cultural.

Partiendo de estas premisas y a partir de los armazones teóricos de la ciencia política y del psicoanálisis en su vertiente lacaniana, nuestro eje teórico tomará las emociones como basamento de construcción de representaciones sociales, función que les llevará a generar cohesión social, pero también a producir lo inevitable: la diferencia y el conflicto, es decir, a construir identidades, en su sentido más amplio, como aquella que hemos escogido para este texto: la identidad nacional.

Tomaremos como punto de partida el concepto de representación social acuñado por Serge Moscovici (2005), quien entiende a ésta como el conglomerado de conceptos, opiniones, actitudes y valoraciones, imágenes y explicaciones producto de la vida cotidiana y que se diseminan mediante la comunicación (la común unión, por lo demás imposible). Esto se traduce en que los miembros de un grupo social dado compartirían las representaciones sociales constituyendo, de este modo, el elemento nuclear de la identidad social de todo individuo. En el discurso lacaniano podríamos ubicar de una manera muy simple el conjunto de tales representaciones con la concepción que desde ahí se tiene del “significante”, el cual podríamos entender como una presencia en el fondo despojada de significado, de ahí que exista lo que podríamos llamar volatilidad de las representaciones que, más allá de su constancia otorgada por el acuerdo común, siempre son susceptibles de ser reinterpretadas.

Dentro del abanico de las representaciones sociales hemos escogido aquella que confluye en el fútbol (en su vertiente de selección nacional) al considerarle un espacio discursivo en el que se expresan emociones,¹ digamos, de manera naturalizada –entendiendo la raíz “natural” dentro del sentido común como lo dado *per se*–, emociones que por lo demás son comunes en las sociedades actuales. Es decir, retomamos la visión de la representación del fútbol como una representación social de masas, encuadrada dentro del auge de la globalización, ya que goza de una notable preeminencia en nuestros tiempos, pues es capaz de catalizar a través de las emociones diferentes tipos de otras representaciones sociales como la de *nación*.

¹ Retomamos la noción de *emoción* como un fenómeno psicofisiológico que responde a uno o varios estímulos provenientes de lo que se conoce como “medio ambiente”. Es evidente que para este trabajo el medio ambiente es entendido como lo que desde el psicoanálisis se conoce como el Otro, es decir, el orden simbólico que forja en gran medida los devenires de la subjetividad dentro de la realidad.

La identidad nacional es sin duda una representación de las más “imaginadas” –en palabras de Anderson (1993)– e importantes en términos culturales, históricos y sociales de nuestro orbe contemporáneo, y en realidad de la historia humana toda, pues por ese significante o sus subrogados (desde el tótem pasando por la parcela de tierra) el hombre ha dado su halo vital a lo largo de la misma historia. Incluso, siendo un poco atrevidos, el sujeto sólo tiene legalidad en la cultura en relación con responder o no a esa representación de “nación”, con lo que se demuestra, entre otras cosas, la supremacía del significante sobre el significado. Cabría aquí recordar aquel pasaje lacaniano que, recurriendo al Ubú de Alfred Jarry, nos lega: “Viva Polonia, señores, porque si no hubiera Polonia no habría polacos” (Lacan, 1961).

En suma, dichas emociones que se apuntalan en el fútbol generan cohesión social en diferentes grados teniendo como cénit la cohesión de toda una nación, lo cual se materializa en la institución conocida como “selección nacional de fútbol”. Empero, puesto que no hay cohesión ni grupo sin exclusión, cuestión que la teoría de los conjuntos señala de manera sencilla,² la ligazón que produce la representación social del fútbol genera concomitantemente lo opuesto, es decir, una fractura social entre diferentes maneras de entender el mundo, fractura que se producirá, siguiendo la lógica de la construcción de identidades de Laclau (2005), por la existencia de un exterior constitutivo inherente a las identidades, o sea, la presencia de una alteridad indisociable del interior de un mismo espacio simbólico; tensión que se genera al tener la pretensión de ser hegemónicas, es decir, luchar por el poder, constituyéndose de este modo la frontera dicotómica o ruptura inherente a la sociedad. Sería, en otros términos, la presencia de la constancia de una imposible armonía para toda sociedad humana o, parafraseando a Lacan, la segregación es la base de toda sociabilidad.

Nuestro contexto de análisis será, como lo hemos insinuado, la globalización, entendida ésta como un espacio discursivo producido gracias a los

² El concepto *conjunto* es prácticamente intuitivo, pues siempre se necesita de su formalización, y podría ser definido como una colección de objetos que comparte rasgos específicos en común, es decir, se puede hablar de un conjunto de animales, naciones, banderas, hinchas o del conjunto de objetos que existe en un momento dado en un campo determinado que los engloba. La idea de la teoría de los conjuntos que queremos resaltar es que un conjunto está definido y puede tener consistencia sólo a partir de que se ubique un determinado elemento como exterior o ajeno al conjunto.

avances de la ciencia dura (paradigma físico-matemático) y la primacía del capital, es decir, en tal contexto social se posiciona como significante *amo* la plusvalía obtenida del comercio, lo que a su vez sólo ha sido viable por la producción de diversos avances tecnológicos en los que habría que darle un lugar especial a las tecnologías de la información, gracias a las cuales algunas representaciones sociales, como es el caso de aquella nacional que germina en el futbol, tienen la oportunidad de devenir globales y masivas. Hablamos pues, de una globalización que ha tenido varias fases, acentuando aquella producida a finales del siglo XIX, en la que el futbol inicia su expansión a escala mundial, para convertirse, con el paso de las décadas, en el deporte mundialmente hegemónico por excelencia, en otros términos, “deporte nacional” para una gran mayoría de países, especialmente de la región europea y latinoamericana.

Para cavilar todo ello, dibujamos un sistema circular de construcción de sentido en el que partiremos del futbol como una representación social, para llegar a otra representación social, la nación, mediante las emociones construidas culturalmente desde ambas partes. Comenzaremos reflexionando en torno al concepto de representación social y a la teoría de la formación de las masas, poniendo especial atención en la necesidad para todo grupo social de un Amo, el cual, de acuerdo con Evans, es “lo que representa a un sujeto para todos los otros significantes”, de lo que se deduce que el discurso del amo, uno de los cuatro discursos formulados por Lacan entre 1969 y 1970 y que aquí retomamos de manera central: “es entonces un intento de totalización” (2007:36). A continuación nos detendremos en las características que hacen del futbol un fenómeno de masas y una representación social de éxito, específicamente en su función de catalizador de identidad nacional, aspecto que será visto en el último punto.

Las representaciones sociales y la formación de las masas

Como mencionamos, entendemos el concepto de representación social como el conjunto de creencias, valores, actitudes, etcétera, compartidos por un grupo social gestando así su ligadura. En términos de la psicología social, estaríamos hablando de cogniciones sociales: creencias y percepciones de los individuos a partir de las cuales es factible comprender el comportamiento

propio y el de los demás siempre en un contexto particular. En adición, toda representación social se forma, se utiliza y se transforma por los individuos en tanto miembros de un grupo social, por lo que señalamos que el estudio de una representación social necesariamente implica estudiar los lugares comunes³ con los que se rigen nuestras sociedades.

Para desarrollar nuestra reflexión a propósito del fútbol y de la formación de las masas en torno a él, cuando éste es llevado al plano de selección nacional, como representación, vamos a partir de algunas consideraciones acerca del concepto de representación, el cual fue forjado por la filosofía política para entender el funcionamiento de los Estados modernos en el momento de su nacimiento.

Con el surgimiento de los Estados-nación, la representación aparecería como el paradigma del Estado moderno, paradigma que en la actualidad cobraría de nuevo importancia en un contexto en el que dicho Estado se ve limitado en su soberanía, como lo ejemplifica la actual crisis económica, el cambio climático, el terrorismo internacional o, recientemente en México, el caso de la gripe porcina; es decir, en la actualidad el Estado se ve mermado en su capacidad de respuesta a las demandas de los ciudadanos, aspecto que dificulta su función de representación.

De estas primeras reflexiones en torno al concepto de representación, habría para nosotros una idea clave que no aparece explícitamente pero que sin duda enlaza toda su organización, nos referimos a la necesidad indispensable para la cohesión de todo grupo de un “significante amo”, sobre el cual los sujetos vierten su Ideal del yo y en ese movimiento taponan lo real de la represión primordial, es decir, el lugar del hueco o de la falta del objeto del deseo que se puede entender *grosso modo* como la constancia de lo real en la subjetividad. En este sentido, Hobbes señalaría que frente al auge del individualismo moderno, la representación es lo que crea el vínculo entre los ciudadanos. Acuñando el concepto de “pacto de representación”, Hobbes señala que en su extremo es la unidad del mandatario y no la unidad de los representados lo que forma la colectividad. Dicho vínculo estará sólidamente urdido en la medida en que nadie, propiamente hablando, entra en relación de equivalencia total con el

³ Lugares comunes en el sentido de que son compartidos por el grueso de la masa, sea de manera consciente, preconscious o incluso inconsciente.

poseedor de dicha identidad, pues tanto su absoluto rechazo como su total absorción equivalen a la disolución del lugar del Amo.

Asimismo, como lo reitera Assoun, el significante amo –por lo común encarnado por el líder o conductor– “hace posible la práctica colectiva del ideal y la identificación lateral consiguiente” y “es siempre el tapagujeros de lo reprimido primordial” (citado en Zarka, 2004:30); eso reprimido primordial no es más que la resignación pulsional que cada uno de los sujetos se ve llamado a efectuar como pago de su acceso en la cultura sustentada en la ley cívica. En los términos de Ernesto Laclau (2005), en plena correspondencia con lo recién planteado, hablaríamos de un “significante vacío o flotante”, significante en el que las subjetividades depositan una parte de su individualidad para formar el ser colectivo con el que surge la confección de lo que comúnmente conocemos como “la masa”. Razonamiento que iría en la línea teórica de proponer que la formación de las masas, de las identidades como la nacional, se vislumbra como algo necesario e inevitable para la construcción de este tipo específico de lazo social, en el que se propone la existencia de una relación sin corte entre el sujeto y el Otro, proponiendo, de este modo, una relación de plena continuidad en la que las diferencias de diversa índole que habitan a cada uno de los sujetos parecerían anuladas. De esta manera, tal significante amo o flotante es un nudo de significados desde donde se hace posible la comunión de las subjetividades. En el caso de la nación, podríamos decir que su idea de existencia está conformada por significantes tales como “unión”, “orgullo”, “territorio”, “tradiciones”, etcétera.

Para la formación de las identidades como la nacional, es indispensable que haya alguien que encarne el lugar del significante amo. Más radical: puntuamos que aun cuando se intente luchar porque esto no ocurra así, o más allá de que eventualmente los sujetos terminen quejándose ante la inconsistencia de ese Amo; no hay otra forma de que eso acontezca de otra manera en la construcción de las identidades. Recordemos que el significante amo es aquel que ordena el resto de la cadena significativa, el que funciona como pivote para tal cadena. Según Laclau, siempre se necesita de una lógica de la equivalencia a partir de la que se forma el significante vacío o flotante, lógica en la que se pierde particularidad en pos de la generalidad, y esta lógica mantiene un cordón umbilical con otro tipo de lógica, aquella de la diferencia, en la que se afirma la particularidad construyendo la frontera en la que queda por fuera el exterior constitutivo, es decir, no hay grupo o masa

que se constituya si no es en relación con dejar siempre al menos *un elemento* por fuera de su estructura, aquello que queda por fuera de toda colectividad son las subjetividades que no comparten las mismas coordenadas territoriales, así como aquellas que comprenden de manera diferente el referente común que conglomeran a la colectividad.

Siguiendo este razonamiento, postulamos al fútbol y a las emociones que en él se manifiestan, como un espacio simbólico en el que *—a priori—* pareciera que las emociones ahí vertidas son vivenciadas como libres por los individuos que participan de esa acción, pareciera que en el fútbol la cohesión a través del amor no fuese tal. Es decir, en el fútbol el ejercicio de delegación es tan sutil o consentido que parece que fuese un ejercicio más libre, donde el sujeto estaría abstraído de cierta sugestión⁴ y hasta de cierta dominación consentida. Nada más alejado de la realidad, pues es justo que por existir tales mecanismos identificatorios que, teniendo en cuenta el contexto actual de crisis de representación de los Estados-nación, resultan todavía más eficaces y efectivas en la construcción de la representación social llamada nación.

En relación con esta última idea y en términos psicoanalíticos, ante el desenamoramiento de la figura paterna, en lo que concierne a sus representantes clásicos (Estado y religión en especial), surge en los sujetos la necesidad de construir ese Padre u Otro en lugares diversos, como en el fútbol. Es más, con la excusa de la modernización, la pérdida de la posibilidad de demarcación de las fronteras en la política postulada por la “tercera vía”, tras la caída del comunismo con la ilusión de que hay soluciones que pueden favorecer a todo el mundo, nos habría llevado a la asunción de la imposibilidad de cambiar el orden hegemónico mediante la política, a partir del antagonismo social (Laclau y Mouffe, 2004:15). No obstante, y a pesar de que el Otro como lugar de inclusión ya no exista más como se le conocía hasta mediados del siglo XX, no por ello deja de existir la necesidad de tener ese referente que da cimiento al Ideal del yo.

El fútbol pareciera que es una forma de hacer nación por fuera del Estado, del gobierno en turno, algo más individual. ¿Por qué no habría de constituirse

⁴ Por *sugestión* entendemos, siguiendo a Freud, un tipo de influencia psíquica que no se examina en cuanto a su origen, sino que se acepta como si se hubiera formado espontáneamente en el cerebro. Por otro lado, son los lazos sentimentales los que encubren la existencia de la sugestión, lo cual resulta especialmente paradigmático en el fútbol.

así la nación?; he aquí la construcción cultural previa de la que no podemos escapar, debido, en buena medida, a que sigue funcionando como “el valor más universalmente legítimo en la vida política de nuestro tiempo” (Anderson, 1993:19). Es un sentimiento de identificación que parece mucho más fuerte que otros, sin aristas, cuasi puro e inofensivo. Se trata de una identidad llevada hasta la simbiosis. La crisis de representación, el “desencanto” con la democracia, hace que se desplacen los referentes de los significantes, que se transmuten, pero no que desaparezcan.⁵

El fútbol como fenómeno de masas

Pero ¿por qué habría de ser el fútbol el sustituto de aquellos lugares donde se ejercía la identificación?, ¿por qué esta específica construcción social disfruta de tanto éxito? Hemos apuntado en líneas anteriores que una de las cualidades que le hacen ser tan exitoso es la aparente libertad de los individuos en su unión a dicha representación social (selección nacional de fútbol/nación) a partir de las emociones experimentadas en torno al espectáculo futbolístico. No obstante, y como ya mencionamos, no hay tal libertad, de hecho la libertad, como ya lo apuntaba Freud en “El malestar en la cultura”, no existe para el sujeto, puesto que siempre se ve limitada en relación con toda una serie de estructuras simbólicas que de una u otra forma lo determinan, empezando por su nombre de pila: lo más propio le es, a la vez, lo más ajeno e impuesto.

Podríamos profundizar en dicha ausencia de libertad sustituyendo el concepto de emoción por el de afecto. Este último, de acuerdo con la teoría psicoanalítica, significa “que el sujeto es afectado por su relación con el Otro” (Evans, 2007:32), es decir, no hay ni emoción ni afecto que estén por fuera del

⁵ Un ejemplo de ello podría ser el discurso de los gobiernos del “giro a la izquierda” en América Latina, que han llegado al poder tras la década de 1990 con el objetivo o discurso de salir de la crisis producida, en buena medida, por la implementación en la región de las políticas del Consenso de Washington. En el discurso de estos gobiernos renace el concepto de *soberanía*, con base en el cual se han realizado acciones como la suspensión del pago de la deuda externa en un momento en el que parece difícil salirse de la economía mundial globalizada. Otro ejemplo de ello para la región latinoamericana, podría ser uno de los datos del último *latinobarómetro* de diciembre de 2008, en el que la única respuesta en la que se tiene consenso en toda la región es en considerar al Estado como el único que puede sacar a los países de la crisis.

campo de lo simbólico, en total dependencia por el Otro, de aquí que Lacan señalara que el inconsciente es el discurso del Otro. No hay pues emoción o afecto puro, siempre, tales fenómenos no por ser experimentados a nivel del organismo o porque ahí se produzca una alteración de cualquier orden, pueden despegarse del orden del lenguaje. En otros términos, toda producción de afecto y de emoción en el mundo humano está determinada en su efecto en los sujetos por la interpretación discursiva que éstos le dan al estímulo que la provoca, “el afecto está siempre en relación con lo que lo expresa, ya sea para manifestarse, ya sea para nacer. No hay ningún afecto puro; no existe”. (Nasio, 2007:102). En este caso, lo esencia de nuestro argumento sería que la interpretación discursiva que predominantemente los individuos construyen a partir de los estímulos generados en torno al espectáculo futbolístico, sería ante todo la idea de la ausencia de un Amo en su connotación de explotador y dominante, o en otros términos, la ilusión de una libertad de elección de éste. Esa cualidad del fútbol resulta primordial aunque es impensable poder sostener que ahí se encuentra el néctar para explicar la popularidad del mismo. Sin duda existen algunos otros componentes, los cuales fueron reflexionados en otro trabajo, que a continuación retomamos.

Más allá de dichas explicaciones que se vienen de anunciar como características del fútbol en relación con su popularidad, el punto que se quiere sostener es que si el fútbol es el “deporte rey”⁶ del mundo, es debido a que en él confluyen varios de los componentes que se visualizan como característicos en la estructura de la subjetividad como la constancia de un deseo de satisfacción, la constancia de una lucha entre fuerzas antagónicas y, en este sentido, la permisón de expresar ahí una fuerza poco apegada a los convencionalismos de la convivencia diaria y que persiste en ser expresada. El hecho de que el fútbol, a diferencia de otros deportes basados en reducir al máximo los errores (como el beisbol por ejemplo), lo que pulula más que el acierto es precisamente el error; es decir, en el fútbol se falla mucho más de lo que se acierta, tal como ocurre en el devenir de las elecciones de los sujetos en la sociedad. Y, sobre todo, en el fútbol hay lo que podría bien llamarse

⁶ Sin duda contemplamos que llamar “deporte rey” al fútbol resultaría algo cercano a la blasfemia para los amantes del beisbol, pues al menos, en Norteamérica y el Caribe así se le conoce a ese deporte. No obstante, resulta evidente que si existe un deporte hegemónico, alrededor del cual se producen una cantidad notable de posiciones discursivas, ese es el fútbol, y por eso nos damos licencia para llamarlo “rey” en este artículo.

ritualización o metáfora de la penetración del campo prohibido, lo cual se alza a la altura del objetivo de cada equipo en la contienda y lleva por nombre originario *goal* (en español “gol”), que quiere decir precisamente “meta”.

Regresando a las características para profundizar en la popularidad del futbol, tenemos que la primera de esas reflexiones es que el futbol, como todo juego, permite la subjetivación del mundo y por lo tanto mantiene una relación intrínseca con aquella otra herramienta *princeps* del mismo proceso, es decir, el lenguaje, pues el juego y el lenguaje se construyen a partir de las diferencias, de los contrarios: de ausencias y presencias. Esto es lo que ejemplifica el célebre *fort-da* freudiano, en el que su nieto ponía en juego la presencia y la ausencia de su madre jugando con un carrete y, con ello, se inscribía como sujeto al pasar de la pasividad a la actividad, siempre en relación con la ausencia y la presencia del objeto del deseo, entiéndase: “mediante el juego el sujeto lejos de abstraerse de la realidad ahí se instaura. No está fuera de la ley del deseo sino que la encarna” (Larrauri, 2005). Todo juego responde, pues, a leyes del lenguaje, todo él está sujetado a estructuras simbólicas, y si este último es lo que hace de un organismo humano un cuerpo humano, queda establecida la relación intrínseca entre lenguaje y juego, al punto que podríamos decir que ambos son edificantes de la subjetividad humana, herramientas con las que el sujeto *crea* su mundo. Siendo así, el sujeto que juega es paralelamente jugado por el lenguaje.

La afinidad que los sujetos tienen por el futbol descansa primeramente en que todo acto lúdico es un acto sublimatorio que a temprana edad ayuda a constituir la subjetividad, y que posteriormente convalida esa misma subjetividad con base en el mantenimiento del deseo; segundo, que el futbol pone explícitamente de manifiesto el conflicto que existe en toda subjetividad y, por ende, entre las subjetividades, conflicto que encuentra su fundamento en el goce; y tercero, que la práctica del futbol cuenta con una particularidad en comparación con otros juegos de conjunto, particularidad que es obvia y que, no obstante, frecuentemente ha pasado desapercibida, y es que este juego no se escribe, no se juega con las manos [Larrauri, 2005].

El segundo de los componentes que observamos se refiere a que en el futbol, como en realidad en todo juego,⁷ y en especial en aquellos que

⁷ Retomamos en específico el concepto de “juego”, en detrimento del de “deporte”, en relación a que suponemos que el juego resulta más abarcativo en cuanto a las leyes del lenguaje que ahí siempre están presentes y no se reducen a la actividad física profesional que halló su auge en la modernidad.

implican la competencia directa interindividual, lo que se pone de manifiesto es la constante lucha entre las subjetividades, la intención de transgredir al otro en pro del goce (satisfacción pulsional). Dicho conflicto no sólo se lleva a cabo intersubjetivamente sino también intrasubjetivamente; es decir, en el interior del sujeto se juega constantemente una voluntad por romper con las prohibiciones y a la vez se halla la constancia de la ley misma. Entonces, estaríamos hablando de que en el fútbol la pulsión de muerte que tiende a alejar a los sujetos del confort, es llevada al terreno de lo socialmente aceptable y de ahí la especial inclinación de los sujetos por este juego, pues lo que en la convivencia digamos “normal” o cotidiana la expresión de la violencia se ve censurada, en contrapartida, de lo que se trata en el fútbol es precisamente transgredir al otro de manera explícita. Por tanto, el fútbol es un componente de la cultura, en el que la violencia se vuelve legítima; por ello, diversos pensadores, así como la voz popular, han calificado al fútbol como ritual de la guerra, lo que queda de manifiesto cuando las selecciones nacionales se enfrentan. Digamos que en el fútbol lo que comienza en torno a lo individual en tanto perenne conflicto entre la represión y la tendencia a la satisfacción, se lleva a lo colectivo:

En el fútbol, cada equipo, cada jugador, cada barra, cada hinchas ve en su oponente la materialización del Otro a quien hay que reclamarle; ven ese Otro culpable de la castración a quien se le pide el goce que falta y que se cree él tiene; ven ese Otro trasgresor que, en estos tiempos posmodernos determinados por la ciencia, tiende a anular la subjetividad. En el fútbol, se le declara en juego la guerra al Otro en nombre de la falta: por un lado, la queja por la existencia de la falta y por el otro, la lucha por salvarla. Me atrevo a decir que, en el balompié, es común que los protagonistas lleguen a creer que el Otro del Otro existe y está parado enfrente [Larrauri, 2005].

Tendríamos así en el fútbol la demarcación de un espacio simbólico particular en el que algunas de las acciones consideradas como transgresoras en el ámbito público serían legítimas. El fútbol en sus diferentes roles (espectador –en el estadio, frente al televisor–, jugador –profesional, amateur), permitiría prácticas violentas (gritos, insultos, gestos) que funcionarían a modo de catarsis y que sería muy complicado expresar fuera de ese espacio, pues ahí la censura impera. Dado lo cual, el individuo que se entrega al fútbol percibiría ese plus

de libertad a modo de libertad real, es decir, de acciones realizadas por elección personal sin ningún tipo de sugestión u orden superior. Además, dichas catarsis o acciones transgresoras son facilitadas por la presencia del Otro en su talante meramente imaginario, o sea, físicamente presente. En el futbol, el Otro que podríamos definir como sinónimo de cultura, esa cultura que prohíbe la satisfacción pulsional, deviene el rival situado en la otra mitad del terreno de juego, más fácil aún: es el otro individuo que viste la playera del equipo contrario y que se sienta a nuestro lado. Esa inclinación por transgredir al Otro, que siempre se materializa en el cuerpo del otro, será tanto más imperativa cuanto más los sujetos experimenten que el Otro contemporáneo tienda a volverse un tanto dictador y excluyente, tienda a ser cada vez más determinado por la salud de las bolsas de valores y castigador de las diferencias que no son adeptas al estilo del mundo que, como es notorio, se inclina por unificar los sistemas culturales dentro de uno que los absorbería a todos: misma lengua, misma moneda, mismo entretenimiento, misma ideología.

El tercero de los componentes es tal vez el menos notorio, pero no por ello el menos importante, pues implica algo sencillo pero que de tan sencillo pasa inadvertido, y es que —como decíamos— el futbol se juega con todo menos con las manos. Cualidad que lo convierte en un deporte peculiar que, lejos de ser fácil en su práctica, en realidad estaría ubicado del lado de los más complicados; y lo complicado tiene un especial atractivo para la realidad psíquica humana al ser elevado al rango del objeto del deseo, es decir, mientras más complicado sea hacerse de algo, ya sea en su posesión o en su dominio, más grande se vuelve la atracción pulsional de los sujetos hacia ello. En este sentido, el futbol, al poner énfasis en su realización por medio del cuerpo, a excepción de aquella parte que sirve para la captura de las cosas, para su concreción y la ilusión de posesión material, se convierte en una actividad atractiva determinada por el hecho de que, si bien todos pueden jugar con la pelota, no todos pueden dominarla, hay una diferencia entre pegarle a la pelota y jugar futbol. Se trata aquí algo que de lleno se ubica en la capacidad fisiológica más que en algún otro componente de cualquier índole. Resumiendo:

El futbol es uno de los juegos más difíciles de jugar y de ahí su atractivo. La dificultad radica en que en este juego el trato de la esférica, conducto de sustracción de goce, no se ejerce con las manos, con esa parte del cuerpo que nos permite tomar las cosas del mundo así como transformarlas y en última

instancia concretarlas, no, en el fútbol se crea con la cabeza, con los hombros, con el pecho, con los muslos, con las rodillas, con la espalda, con las nalgas y evidentemente, con los pies. En el fútbol el cuerpo que, comúnmente es soslayado en cuanto a su capacidad creadora, se vuelve todo poesía, todo escritura. Freud dijo que “todo niño (hombre) que juega se comporta como un poeta”, y el fútbol es llamado popularmente “el juego del hombre [Larrauri, 2005].

No obstante, si el atractivo del fútbol es que se juega con todo menos con las manos, es decir, que está permitido “escribir” con todo menos con la parte del cuerpo que está creada para ello; y si la admiración y la fascinación se siente por aquel individuo que puede dominar el esférico con la maestría y elegancia de un Pelé o un Maradona, no es, sin embargo, ese aspecto el que le hace masivo. Lo que hace que las masas se acerquen a él es sin duda la posibilidad de *intentar ser* Maradona, es decir, mostrar pericia en trabajar con lo difícil. Esto se inscribe de forma frontal con aquella inclinación humana a buscar su satisfacción en aquellos objetos que se presentan como algo “imposible” de alcanzar, dado que lo posible, lejos de ser factor que incite al deseo, es aquello que no se desea, pues se puede tener. Resulta visible que los sujetos se ven atraídos y suponen una mayor satisfacción, sea identificándose con el objeto elevado a la altura de lo inalcanzable, sea poseyendo ese objeto. Por lo demás, mientras más se ve frustrada tal intentona mayor es la inclinación hacia ello.

De aquí que no sean baladí las múltiples y significativas leyendas míticas sobre la llegada de una estrella futbolera desde los más pobres y recónditos suburbios hasta lo más alto. Al fútbol es posible jugar solo o con veinte amigos, en el patio de una unidad habitacional, en la playa o en el estadio Azteca, descalzo o con calzado Nike, con un balón de cuero o con uno hecho a base de calcetas. En definitiva, es muy difícil ser Dios, pero es muy fácil intentarlo.

El fútbol como catalizador de identidad nacional

Una vez que tenemos al fútbol convertido en fenómeno de masas y siguiendo con nuestra reflexión, postulamos que las emociones (tales como la alegría o la tristeza) surgidas en torno al fútbol y, en particular, a la selección nacional, tienen un alto componente cultural relacionado con el discurso de

construcción de la nación que se maneje en cada país. Así, vemos cómo algunos de los duelos clásicos no son tanto de orden futbolístico (calidad, resultados) sino de orden político. Un ejemplo claro sería el que representa la selección mexicana y la selección estadounidense, resumido en la frase popular actual: “ya no nos queda ni el futbol para ganarles”.

En México existe tanto explícita como implícitamente un sentimiento de sometimiento ante los Estados Unidos. Este hecho, lejos de representar una paranoia o un pesimismo, es realismo, pues está claro que no existe soberanía posible para México, sino es porque es aceptada en ciertos puntos por su vecino del norte. Siendo así, en el futbol la población mexicana experimenta la posibilidad de tomar revancha del rival más odiado en varios aspectos, y recordemos que el odio es unificador, tal vez lo que más unifica. Desafortunadamente, la historia reciente parece indicar que ya ni en el deporte nacional se puede restituir una cierta autonomía o más bien supremacía nacional.

Otro ejemplo de este fenómeno en que el futbol se inviste de los significantes que dan integridad a las naciones, lo hallamos en el enfrentamiento entre las selecciones de Argentina y de Inglaterra, donde no sólo se enfrentan estilos de juego “opuestos” (Archetti, 1995), sino la memoria histórica, que en este caso tendría como punto álgido la guerra de las Malvinas. Es decir, se trata ahí de la continuidad de la guerra por otros medios.

Como mencionamos al inicio de estas reflexiones, la realidad humana se crea en el lenguaje, actualmente el discurso futbolístico es un punto privilegiado para constatar tal premisa. En un trabajo previo mencionamos que consideramos al discurso futbolístico de carácter nacional, proceso de nacionalización en el que los medios de comunicación desempeñaron (y desempeñan) un papel fundamental fortaleciendo la construcción de un imaginario nacional común, convirtiendo a este deporte en tradición nacional para algunas naciones (Plaza, 2008:5). Es decir, consideramos que en el discurso futbolístico están presentes representaciones sociales que no sólo construyen a la representación social “Selección nacional” en términos deportivos, sino que también construyen a la representación social llamada, a secas, “nación”.

Un ejemplo discursivo de esta “doble” construcción discursiva, apuntalada en las emociones ahí generadas, es la expresión tan arraigada en nuestro sentido común que enuncia que, los deportistas en general y los jugadores de futbol en

particular, cuando participan en una competencia con la Selección nacional representan a la nación. En el momento en que los deportistas compiten son despojados de su individualidad, aún más, de su derecho a reivindicar el triunfo o la derrota como algo personal, algo propio. Gana México o pierde Argentina, puede haber individuos que carguen en menor o mayor medida con ambos resultados (el director técnico, el presidente de la Federación, etcétera), pero eso no es lo central, ya que es el orgullo de la nación lo que estaba en juego; siendo más precisos, es el narcisismo nacional lo que está en juego. El representante del Amo que aquí más bien funcionaría como la añoranza de un padre potente que nos ha alegrado o decepcionado, dado lo cual ese representante puede ser cambiado por otro (Hugo Sánchez por Sven Goran Ericsson y éste por Javier Aguirre, Maradona por Ortega, Ortega por Messi), el punto es que siempre seguirá existiendo la necesidad de que alguien se envista con ese significativo amo, después de todo, si de lo que se trata es de vivir en masa, en sociedad, esto ocurre por *default*.

Es necesario insistir y reafirmar que en la construcción del Amo “tradicional” en los Estados modernos democráticos, es decir, el jefe de gobierno al cual, en la mayoría de los casos, se elige (si es que se ha decidido participar en el proceso electoral) sobre un número limitado de posibilidades, es ante todo un ejercicio que se efectúa dentro de la Ley, gracias a ella. Lo cual implica que los sujetos renuncian en su elección de manera explícita al goce⁸ de su singularidad pero siempre, y por paradójico que parezca, vislumbrando en esa elección la restauración del goce; se trata, pues, del momento en el que se acepta la falta de complemento para los sujetos en la realidad humana, y a la vez una voluntad por rellenarla depositando en el conductor, investido con el significativo amo, la responsabilidad por el bienestar. De este fenómeno, siempre necesario, surge una hostilidad perenne por la normativización que invariablemente limita al ser al llevarlo a decidir primero por lo social. Hoy en día dicha hostilidad se ve acrecentada dado lo que podríamos llamar

⁸ El goce debe ser entendido como un placer extremo que confina invariablemente con el dolor. Por tanto, “la prohibición del goce es inherente a la estructura simbólica del lenguaje, en virtud de la cual ‘el goce está prohibido para aquel que habla, como tal’. La entrada del sujeto en lo simbólico está condicionada por cierta renuncia inicial al goce en el complejo de castración, en el que ese sujeto renuncia a sus intentos de ser el falo imaginario de la madre” (Evans, 2007:103).

“desenamoramamiento ante la figura paterna”, es decir, hoy que el padre muestra sus fracturas se vuelve más complicado renunciar al goce por su demanda (Larrauri, 2009:125).

En contrapartida, en las emociones expresadas en torno al futbol, esta hostilidad parecería desaparecer, ya que se pensarían como libres olvidando que siempre “la libertad individual no es un patrimonio de la cultura” (Freud, 2004:94), pues como señalamos, la libertad implica la posibilidad de gozar y el goce, concepto central en Lacan, se ubica del lado de lo individual y no de lo colectivo. Con lo cual queremos decir que, en el fondo, la plena libertad nunca existe ni siquiera ahí donde se encubre esa verdad, es decir, en el futbol. Después de todo, la libertad obtura la creación misma del lazo social y promueve cierta anarquía (Larrauri, 2009:125). El sublime encanto del futbol, cuando es llevado a su envergadura nacional, radica en que la sumisión al significante Amo siempre se plantea en términos de ganancia para todos, de *sympheron*, ahí pareciera que no habría pérdida del narcisismo por ningún lado, sino la posibilidad de estabilizarlo sin importar la inclinación ideológica política o religiosa.

A modo de conclusión

Partimos de reflexionar en torno a las emociones para terminar reflexionando sobre la formación de las masas. Y es que el intento de explicar a las masas es siempre un trabajo fascinante y complicado que siempre se vincula de alguna u otra forma con lo emocional. No obstante, ante las claras coordenadas entre emoción y futbol, son pocas las reflexiones serias que se han realizado; sin embargo, al respecto podemos rescatar estas palabras de Moscovici:

[...] el espectáculo inquietante e inolvidable de una multitud de desconocidos que, sin haberse visto jamás, sin haberse concertado, se sienten recorridos por una emoción idéntica, responden como un solo hombre a una música, un *slogan*, se fusionan espontáneamente en un ser colectivo [2005:39].

Para ello, iniciamos este texto tomando como premisa la construcción cultural de las emociones, y a éstas como basamento de la formación de representaciones sociales, con el objetivo de reflexionar en torno al éxito

de los discursos desplegados alrededor del fútbol como catalizadores de identidades. En concreto, nos interesó reflexionar sobre el éxito de este deporte en su versión nacional –selección nacional de fútbol– para erigirse como representación social de la nación en un momento en el que la construcción de dicha representación por los actores *legítimos*⁹ está en crisis.

Nuestro eje central fue la consideración de las emociones vivenciadas por la masa en torno al espectáculo futbolístico como libres, es decir, de una supuesta o al menos encubierta independencia del Amo para aglutinar a dichas masas. Sin embargo, y como vimos a lo largo del artículo, dicha libertad está muy lejos de ser tal. Pero, ¿qué nos explica entonces la supuesta “libertad” de dichas emociones? En la obra *La era de las multitudes*, Moscovici afirma que “al ver en todas las caras la imagen de su propio deseo, al oír en todas las bocas las pruebas de su certidumbre, cada cual se siente arrebatado sin resistencia posible, en la convicción de todos” (2005:39). Proceso que se daría, siguiendo al mismo autor, por el poder de “mostrar” y no de “demostrar” que tienen las imágenes que no instruyen sino que apasionan (2005:129). Es decir, aquellas imágenes –que no son más que significantes– capaces de producir afectos o emociones como el mensaje o la construcción de la nación a partir de o en torno a los discursos futbolísticos. Tendríamos en el discurso futbolístico algo parecido a las “ideas fuerza” utilizadas por algunos gobiernos como eje central en su modo de comunicación, es decir, ideas que son capaces de transmitir de manera profunda en un segundo, en unas pocas palabras, lo mismo que otros actores, mensajes, etcétera, comunican en una hora o un libro.

Dicha capacidad de, si se quiere, condensación de una idea –nación– unida a la capacidad sugestiva del lenguaje, la cual procede de la capacidad evocativa de éste, hacen del fútbol, del discurso generado en torno a él, un vehículo eficiente y eficaz de cohesión de las masas. Discurso que, como todos, ha de ser apuntalado por un conductor que retoma la instancia del significante amo, y el cual dirige a las masas de manera franca y hasta noble (aunque hay casos desvirtuados) dado que se presenta como el más ferviente seguidor. Por lo demás, dicho conductor se sostiene como representante del discurso del amo, el cual tiene como empresa “ocultar la división del sujeto” (Evans, 2007:74) empezando por la de él mismo. De hecho él, el Amo, es el primero en creer su

⁹ Nos referimos a las instituciones del Estado-nación.

posición y diríamos que es por esto que se enviste como un padre que quiere a todos sus hijos por igual, pues a todos les profesa la repartición igualitaria del probable éxito en la cancha (jugadores, espectadores, mexicanos, etcétera).

Por otra parte, sigue resultado fácil, obvio, criticar al futbol por la vía del “pan y circo”, “del opio de los pueblos”, es decir, por el entretenimiento gestionado desde el Estado para apartar a los ciudadanos de los problemas *reales*. Recientemente Hugo Zemelman (2009) decía, al respecto de la necesidad que existe de generar una ciudadanía consciente de serlo, que el futbol funcionaba como desmovilizador a partir de la cohesión de gente desencantada. Es decir, que el futbol atraería a la gente que no ve sus demandas satisfechas por las vías legitimadas, por los poderes públicos en general, funcionando así como un placebo y, por tanto, inhibiendo a esas masas de protestar o luchar. Este efecto, podría considerarse como tal, pero con matices. Mencionamos que el futbol se disponía como un espacio simbólico en el que algunas de las prácticas prohibidas en otros lugares aparecían como legítimas, como sería el caso de la violencia. En este caso, dicha violencia legítima expresada por medio de gritos, insultos, gestos, golpes, etcétera, funcionaría a modo de catarsis y serviría para que la misma violencia producida por causas de nuestro entorno no se exteriorice en otros lugares. En este sentido, la idea de la desmovilización propuesta por Zemelman sería a mitad justa, ya que la expresión en el futbol de lo reprimido en otras instancias no sería algo determinado, ni estrictamente vinculado con la decepción frente a las políticas implementadas por los gobiernos, sino que habría que hablar de ese aspecto que es en sí ingobernable e ineducable y que desde Freud conocemos como la existencia de un más allá del principio del placer al que los sujetos se ven movilizados, y al que de alguna forma el futbol da cabida al estar construido con códigos que hacen legítimo o posible su expresión.

Para terminar diremos que hemos hablado de dos de los fenómenos más potentes de nuestro tiempo en la cohesión de masas, el futbol y la nación. Ambos pueden ser vistos como una religión, hay depositada en ambos una esperanza de construir lo que Freud llamó una *Weltanschauung*, es decir “una visión del mundo”, paradigma de la llamada globalización que precisamente quiere hacer global la diversidad mundial, y que tiene por objetivo arreglar las cosas en una modalidad más cómoda o ventajosa. Como en toda religión, por ambos lados de esos significantes (futbol y nación) y lo que hoy en día comprende, hay y ha habido gente dispuesta a matar y un poco menos a

morir. En torno a ambos se vivencian emociones extremas, emociones que son vividas como libres por los individuos al pensarse como algo consustancial al ser, una especie de pureza siempre sustentada por una elección personal que hemos demostrado que no es tal sino todo lo contrario, pues ahí, esperando darle un sentido a su ser, los sujetos evidencian precisamente la falta que los estructura.

Bibliografía

- Archetti, Eduardo (1995), “Estilo y virtudes masculinas en *El Gráfico*: la creación del imaginario del fútbol argentino”, *Desarrollo Económico-Revistas de Ciencias Sociales*, núm. 139, pp. 419-442.
- Anderson, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, FCE, México.
- Barthes, Roland (2003), *Mitologías*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Evans, David (2007), *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*, Paidós, Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (2004), “El malestar en la cultura”, *Obras completas*, tomo XXI, Amorrortu, Buenos Aires.
- (1996), “Más allá del principio del placer”, *Obras completas*, tomo XVIII, Amorrortu, Buenos Aires.
- Hobbes, Thomas (2003), *Leviatán: o la materia, forma y poder de un Estado eclesiástico civil*, FCE, México.
- Lacan, Jacques (1961), *Seminario IX. La identificación* (inédito).
- Laclau, Ernesto (2005), *La razón populista*, FCE, Buenos Aires.
- y Mouffe, Chantal (2004), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, FCE, Buenos Aires.
- Larrauri Olguín, G. (2009), “El psicoanálisis y el concepto de creación”, *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, UAM-Xochimilco, México, núm. 29, pp. 117-139.
- (2005), “El fútbol (con) jugado por el psicoanálisis”, *Revista Carta Psicoanalítica*, núm. 7, México [http://www.cartapsi.org/revista/no7/futbol.htm].
- Moscovici, Serge (2005), *La era de las multitudes. Un trabajo histórico de psicología de las masas*, FCE, México.
- Nasio, Juan-David (2007), *El dolor de amar*, Gedisa, Barcelona.
- Plaza Martín, Diana (2008), “Sociedad y deporte en América Latina. La selección nacional de fútbol como símbolo de las naciones. Estudio comparado entre Argentina y Ecuador (2002-2006)”, parte I, marco teórico, estado de la cuestión

- y problematización del estudio de caso, tesis de maestría 97, Universidad Complutense, Madrid (inédito).
- Raynaud, Philippe y Rials, Stéphane (eds.) (2001), *Diccionario Akal de filosofía política*, Akal, Madrid.
- Zarka, Yves Charles (dir.) (2004), *Jacques Lacan. Psicoanálisis y política*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Zemelman, Hugo (2009), conferencia, “Seminario internacional, América Latina en el siglo XXI: comunicación y poderes”, Quito, Universidad Simón Bolívar, 23 al 25 de marzo (inédito).

Recibido el 23 de mayo de 2009
Aceptado el 27 de julio de 2009